

ILUSTRACION ARTISTICA



AÑO I BARCELONA 22 DE ENERO DE 1882 NUM. 4

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. R.—NUESTROS GRABADOS.—LA MUJER ALTA (*conclusion*), por D. Pedro A. de Alarcon.—LA TIENDA DE JUGUETES, *cuento estrambótico*, por D. Carlos Coello.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *La Exposición de la electricidad en Paris*, por D. José Echegaray.—OBJETOS ARTÍSTICOS.

GRABADOS.—EL FIN DE UN AMOR VENDIDO, por Bodenhausen.—EL JÓVEN POETA, por Baur.—DOLORIDA, por C. Dieterle.—EL DESCANSO, estatua en mármol por R. Belliazzi.—OBJETOS ARTÍSTICOS.—Centro de mesa, por los Sres. Hart (hijo) y Peard de Londres, y Jarron, por Alejandro Keller.—Lámina suelta: LA BODEGA DE UN CONVENTO ALEMÁN, por Grutzner.

LA SEMANA EN EL CARTEL

Junto á las risas las lágrimas: así es la vida real, y así por lo mismo debe ser también la ficción escénica, fiel espejo de la vida. Un drama lleno de emociones y varias comedias exuberantes de regocijo registra la presente semana, sin contar algunas obras que pretendiendo hacer llorar han provocado no obstante estentóreas carcajadas.

El drama á que en primer lugar me refiero no es otro que *Sergio Panine*, original de un autor muy mozo todavía y representado con éxito tan extraordinario en el

Teatro del Gimnasio de Paris, que la empresa á trueque de satisfacer en lo posible el furor del público, tiene que ceder todas las noches los sitios de la orquesta á los numerosos espectadores que acuden á la taquilla.

Jorje Ohuet, el afortunado autor de esta producción, había cultivado la escena con escasa fortuna, y dedicándose luego á la novela, mereció un premio de la Academia por la obra que lleva el mismo título que el drama, puesto que este no es más que una refundición de aquella. El autor siguió en este punto el consejo del empresario Konning, y hoy el éxito corona el acierto del empresario y el talento del poeta.



EL FIN DE UN AMOR VENDIDO, por Bodenhausen

Sergio es un príncipe polaco, elegante, fastuoso y trocado, que logra cautivar el tierno corazón de una niña, hija de la señora Desvarenes, mujer del pueblo, que a fuerza de trabajo y de talento comercial ha logrado amasar una fortuna considerable. El noble pretende dorar de nuevo sus blasones apelando a los caudales plebeyos y explotando la pasión de una cándida niña. El matrimonio se realiza, agotados los previsores consejos de una madre juiciosa; y este matrimonio se convierte en fecundo manantial de desventuras. El príncipe no ama a su mujer y reanuda antiguas relaciones con una amante, hermana adoptiva de aquella, la que a su vez ha contraído matrimonio con un honrado y opulento banquero. La señora Desvarenes cierra su caja a su yerno, y éste se lanza a peligrosas especulaciones en las que compromete su reputación y su nombre. No pudiendo soportar tamaña afrenta, la princesa cae enferma, y cuando está moribunda y la policía se dirige a su casa para proceder contra el príncipe, la señora Desvarenes, que es un carácter: «Nosotros, en el comercio, le dice, frenética y desesperada, cuando quebramos y nos es imposible pagar, cubrimos con sangre nuestra mancha, y desaparece. Vosotros, en la nobleza, cuando os veis deshonrados ¿qué haceis?» Y le señala un revólver colocado sobre una mesa.

El príncipe rechaza la idea del suicidio, y tras una escena violentísima, su suegro toma el revólver y dispara sobre él. Sergio Panine cae muerto. Penetra el comisario en la estancia, y el secretario de la señora exclama:— «¡Ah! caballero: el príncipe, al saber vuestra llegada, se ha suicidado.»

Sólo una pequeña idea nos cabe dar de esta obra, en la cual se suceden las situaciones interesantes, desarrolladas con pasmoso vigor, por medio de personajes diestramente dibujados y de una dicción correcta, nervuda, viril, palpitante de verdad.

La risa junto la emoción, y la risa se alberga en el Teatro ó subsuelo (*cave*) del *Ateneo*, donde se representa *Le lapin* de los Sres. Bataille y Feugère. La traducción literal de *lapin* es conejo; pero el *argot* parisiense aplica este epíteto al que se da aires de príncipe para captarse la confianza, el crédito ó la consideración de las gentes, y que desaparece de la escena cuando llega el momento de tener que responder a sus obligaciones; y los autores de la picaresca comedia llaman *lapin* a un pobre diablo que mediante una buena propina consigue ser llevado en un carruaje de lujo cierto día que no lo ocupa su dueño. El sugeto en cuestión se olvida su paletó, en el cual hay una tarjeta con tres palabras enigmáticas, origen del enredo y de las escenas más estupendas, matizadas con donaires y chistes, la mayor parte de un color muy subido. El público los recibe bien, quizás por costumbre, dado que hay pocas escenas tan libres como la francesa.

Lili es un *vaudeville* ó zarzuela, estrenado en *Novedades*, y escrito sin más objeto que poner a contribución el garbo y la travesura de la Judic, la cual representa en cada uno de los tres actos un papel distinto. Empieza la acción en 1842 y acaba en nuestros días, y la hermosa artista aparece sucesivamente como niña casadera, como madre y como abuela. La obra no brilla por su mérito literario, pero tiene una salsa picante de chistes y ocurrencias, y la actriz una preciosa colección de trajes. Esto basta para un público sensualista.

En la *Comedia* de Madrid se ha estrenado la titulada *Los guantes del cochero*. Su autor cultiva con igual fortuna la ciencia médica y la poesía. El Dr. Santero lleva escritas tres producciones, las tres recibidas con aplauso; pero todo el mundo está conteste en que la última supera a las precedentes. Con ella ha encontrado la embocadura. En medio de una lijereza jovial encierra un pensamiento, si bien algo gastado en el fondo, expuesto con novedad y gracejo: tal es la superioridad de la esposa sobre la amante. Un marido que conservando los malos hábitos de su vida de soltero sostiene una entretenida, la querencia de un caballo que tras de un fracaso ocurrido, cuando el cochero se ponía los guantes, traslada a la esposa a la habitación de la amante; luego una serie de escenas a cual más cómica, que tienen fin en un palco del Real en día de baile de máscaras, forman el gracioso enredo de esta comedia, que por raro privilegio posee un tercer acto superior. ¡No digo si fuera feliz la humanidad, cuando todos los doctores en el arte de curar, por huelga de enfermos, tuviesen que hacer comedias como las hace el Dr. Santero!

¡Hablaré después de esto del estreno de *El garbanzo negro*, presentado en el Teatro Español bajo los auspicios de un poderoso personaje, y enterrado al nacer, a las risotadas del público? No: paz a los muertos. El mismo día, y a la misma hora se estrenaba en un teatro de París, un drámon demagógico-socialista, titulado *Claudio Premier*, y era objeto de iguales demostraciones. Es que en el templo del arte solo tienen acceso el mérito y el talento: allí no privan las perfumadas recomendaciones aristocráticas, ni los torpes halagos de las muchedumbres.

Sims es un dramaturgo inglés comparable con Lope de Vega, si no por la pompa de su númen poético, por la pasmosa fecundidad de su pluma. Apenas pasan quince días sin que un nuevo título de Sims adorne los carteles de los teatros de Londres. Recientemente ha dado a la escena, con muy pocos días de diferencia, un drama y una comedia: el primero, titulado *Taken from life*, ó como si dijéramos: *Tomado de la vida*, se ha estrenado en *Adelp Theater*; y la segunda, *La suegra*, en la *Opera* cómi-

ca. El primero es un melodrama, que tiene por base la eterna y manoseada lucha de la virtud y el vicio, a través de una acción interesante y un diálogo sencillo; la segunda no es más que un sainete en tres actos.

Lo mismo que sucedió en París entre Sandon y Uchard a propósito de *Odette* se ha repetido en Londres, con el drama *The Squire* (El Caballero) estrenado en *Saint James Theater*. Primero se daba esta obra por original; pero ha salido Hardy demostrando que el argumento procedía de una novela suya, y se han cruzado remitidos en los periódicos, y se ha mezclado en la contienda la pasión del público, y hasta ha habido apuestas como en el Derby, cual si se tratara de una carrera de caballos.

Escasas novedades musicales. Continúan en Bruselas las representaciones de *Herodias*. Carvalho, el empresario de la *Opera* cómica de París, ha hecho proposiciones a Massanet para montar inmediatamente esta partitura, en vista del éxito que ha alcanzado en la capital belga. Con que, ya lo saben los autores: el camino más corto de los teatros de París, es pasando por Bruselas.

En Londres se ha dado un gran concierto en *Albert Hall*, bajo los auspicios del Príncipe de Gales y el cuerpo diplomático, para socorrer a las víctimas del incendio de Viena. La estrella de esta solemnidad musical fué la cantatriz María Rose.

Miss Thursby, después de una gloriosa excursión por Suecia y Noruega, ha regresado a Bruselas donde se apresta a dar algunos conciertos.

En Italia, nada. La temporada de la *Scala* languidece, y el público sigue retraído. En aquel vasto escenario se ha puesto el baile *Dei-Natha*, de asunto indico, y combinaciones, música y aparato amanerados en extremo. Sin embargo, los amantes de Terpsícore saludan en la joven Limido una brillante estrella del arte coreográfico.

Cantar la *Favorita* en el Real de Madrid sin que se eche de menos al incomparable Gayarre, se reputaba cosa imposible; y sin embargo, el tenor Lestellier puede envalentarse de haber escitado entusiasmo frenético durante toda la representación de la obra de Donizetti. El arte de este cantante logró arrollar las prevenciones del patriotismo.

Sarah Bernhardt desde San Petersburgo se ha trasladado a Varsovia. La eminente actriz, acogida al principio con frialdad en la capital rusa, acabó por ser dueña y señora de todos los corazones, y eso que tenía allí dos temibles competidoras: las señoritas Strepetova, actriz rusa, y Barkany, actriz alemana, alentada la primera por sus compatriotas y favorecida la segunda por la colonia germánica que es numerosísima en San Petersburgo. Pero a pesar de los esfuerzos que unos y otros hicieron en esta nueva faz de la guerra franco-alemana, quedó el campo por el pabellón francés. La alianza ruso-germánica fué impotente para vencer a la actriz incomparable.

Despidámonos por hoy, lector benévolo, en el Teatro del Príncipe Real de Lisboa. Allí se representa una *Revista dramática* de 1881, y van pasando en procesión los hechos más culminantes del año que acaba de espirar. De repente aparece un actor admirablemente caracterizado de gobernador de la ciudad, que por más señas se llama Arsobas. Los agentes de orden público que se encuentran en el teatro, ante tamaño ultraje, silban desafortadamente: al público, en cambio, le da por aplaudir desafortadamente también: la función se interrumpe, y el verdadero gobernador, oportunamente avisado, comparece en el teatro y se presenta en el escenario rodeado de sus agentes.

Y aquí viene lo cómico: el gobernador falso y el verdadero gobernador se encuentran frente a frente, como frente a frente se encuentran asimismo los polizontes verdaderos y los comparsas caracterizados de polizontes, y después de un sin fin de equívocos, y de malas inteligencias, y de inexplicables confusiones, y de tirarse de las barbas, para reconocer quién las llevaba postizas, el público se dió por bien pagado y satisfecho con aquella comedia al vivo, tan chusca como inesperada.

Un periódico lisbonense remata la broma con las siguientes líneas:

«Dícese que a las dos horas, el municipal que había conducido preso al actor señor Joaquin Ferreira a las oficinas del gobierno civil, reconoció aterrado en su importante prisionero al gobernador civil en persona.»

Apaga y vámonos.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

EL FIN DE UN AMOR VENDIDO

La desdichada amó a un hombre; le amó con delirio, con una de esas pasiones funestas que raras veces conducen a la felicidad. El miserable lo olvidó todo, deberes, juramentos, el nombre de Dios que salió infinitas veces de sus impuros labios. Y la pobre mujer engañada, vendida, manchado su cuerpo y manchada su alma, apeló a la muerte, que extingue el dolor, que extingue el remordimiento.... ¡Un crimen para borrar una falta! El autor de este cuadro ha embellecido a la suicida, cuanto le ha sido dable; no ella, la naturaleza que la rodea es la que nos revela el estado de ánimo de la joven, antes de poner en ejecución su fatal proyecto. Es la historia de

Saffo reproducida todos los días: la roca de Leucade ha sido escalada por muchas mujeres vendidas.

EL JOVEN POETA, por Baur

Preguntábanle a una joven qué cosa era un poeta, y contestaba, sin duda por señas de alguno que le designarian como tal:— Es un señor que habla solo.

Es decir, si no es un loco, se halla en camino de serlo.

Lo mismo, mismísimo, se les ocurre a esas jóvenes griegas, a la vista del metrificador que se ha sentado sobre el muro de la quinta que aquellas habitan. El protagonista no puede expresar su condición de una manera más gráfica, pues está contando con los dedos los pies de sus versos. Esta digitación sobre un teclado invisible excita la curiosidad y la risa de las hermosas niñas, que de fijo no darían un albrerchigo por los sesos del viajero.

DOLORIDA, por C. Dieterle

Dolorida ¿de donde?... No hay que dudarle, del corazón, de lo más sensible del corazón. El que de tal suerte apena a tan hermosa criatura, debe tener el alma de piedra berroqueña. ¿Puede el hombre más ingrato no bendecir a Dios y caer a las plantas de ese ángel, si ha merecido de él una palabra, un suspiro de amor siquiera? Y no obstante ese ángel sufre; están a punto de saltársele las lágrimas... Proponemos que al causante de ese dolor se le condene a fea perpétua.

EL DESCANSO,

estatua en mármol, por R. Belliazzi

Si algo puede decirse de esta hermosa escultura es que no cabe concebir ni ejecutar un descanso más descansado. Todo en la figura del pobre campesino italiano respira el más sosegado reposo; todo, incluida la conciencia, se halla perfectamente tranquilo en el joven caminante, a quien debemos aplicar la conocida frase del poeta García: *qué mas bronca que no tener años once, ni qué mas lana que no pensar en mañana....*

LA BODEGA DE UN CONVENTO ALEMÁN

por Grutzner

Por lo visto, ó sea por el cuadro, los RR. PP. alemanes ejercen la virtud de la hospitalidad, insiguiendo la máxima cristiana: «ama al prójimo como a tí mismo». El dibujo es admirable de ejecución y de intención. No hay un solo personaje que no diga algo, y algo a propósito. El cuadro tiene un detalle singular; es una estampa colgada que reproduce la *Cena* de Leonardo de Vinci, notable en su original por la singular expresión de cada una de sus figuras. ¿Querrá Grutzner decirnos que, asimismo, hay que interpretar el valor de cada uno de los figurantes en su escena? En este caso, la tarea es larga, pero no difícil.

LA MUJER ALTA (CONCLUSION)

POR DON P. A. DE ALARCON

V.

Os hago gracia, mis queridos amigos (continuó Gabriel), de las reflexiones y argumentos que emplearía yo para ver de tranquilizar a Telesforo, pues son los mismos, mismísimos, que estais vosotros preparando ahora para demostrarme que en mi historia no pasa nada sobrenatural ó sobrehumano...—Vosotros direis más: vosotros direis que mi amigo estaba medio loco; que lo estuvo siempre; que, cuando menos, padecía la enfermedad moral llamada por unos *terror pánico* y por otros *delirio emotivo*; que, aún siendo verdad todo lo que refería acerca de la mujer alta, habría que atribuirlo a *coincidencias* casuales de fechas y accidentes, y, en fin, que aquella pobre vieja podía también estar loca, ó ser una ratera, ó una mendiga, ó una zurcidora de voluntades, como se dijo a sí propio el héroe de mi cuento en un intervalo de lucidez y buen sentido...

—¡Admirable suposición! (exclamaron los camaradas de Gabriel en variedad de formas.) ¡Eso mismo íbamos a contestarte nosotros!

—Pues escuchad todavía unos momentos, y vereis que yo me equivoqué entonces, como vosotros os equivocais ahora.—¡El que desgraciadamente no se equivocó nunca fué Telesforo!—¡Ah! ¡es mucho más fácil pronunciar la palabra «locura» que hallar explicación a ciertas cosas que pasan en la tierra!

—¡Habla! ¡habla!

—Voy allá, y esta vez, por ser ya la última, reanudaré el hilo de mi historia sin beberme antes un vaso de vino.

VI

A los pocos días de aquella conversación con Telesforo, fué destinado a la provincia de Albacete en mi calidad de ingeniero de Montes, y, no habían trascurrido muchas semanas, cuando supe, por un contratista de obras públicas, que mi infeliz amigo había sido atacado de una horrorosa ictericia; que estaba enteramente verde, postrado en un sillón, sin trabajar ni querer ver a nadie, llorando de día y de noche con inconsolable amargura, y que los

médicos no tenían ya esperanza alguna de salvarlo. —Comprendí entonces por qué no contestaba á mis cartas y hube de reducirme á pedir noticias suyas al coronel Falcon, que cada vez me las daba más desfavorables y tristes...

Después de cinco meses de ausencia, regresé á Madrid el mismo día que llegó el parte telegráfico de la batalla de Tetuan...—Me acuerdo como de lo que hice ayer.—Aquella noche compré la indispensable *Correspondencia de España*, y lo primero que leí en ella fué la noticia de que Telesforo había fallecido y la invitación á su entierro para la mañana siguiente.

Comprenderéis que no falté á la triste ceremonia. —Al llegar al cementerio de San Luis, á donde fuí en uno de los coches más próximos al carro fúnebre, llamó mi atención una mujer del pueblo, vieja y muy alta, que se reía impiamente al ver bajar el féretro, y que luego se colocó en ademán de triunfo delante de los enterradores, señalándoles con un abanico muy pequeño la galería que debían seguir para llegar á la abierta y ansiosa tumba...

A la primera ojeada reconocí, con asombro y pavor, que era la implacable enemiga de Telesforo, tal y como él me la había retratado, con su enorme nariz, con sus infernales ojos, con su asquerosa mella, con su pañoletto de percal y con aquel diminuto abanico, que parecía en sus manos el cetro del impudor y de la mofa...

Instantáneamente reparó en que yo la miraba, y fijó en mí la vista de un modo particular, como reconociéndome, como dándose cuenta de que yo la reconocía, como enterada de que el difunto me había contado las escenas de la calle de Jardines y de la del Lobo, como desafiándome, como declarándome heredero de su odio á mi infortunado amigo...

Confieso que entonces mi miedo fué superior á la maravilla que me causaban aquellas nuevas *coincidencias ó casualidades*.—Veía patente que alguna relación sobrenatural, anterior á la vida terrena, había existido entre la misteriosa vieja y Telesforo; pero, en tal momento, sólo me preocupaba mi propia vida, mi propia alma, mi propia ventura, que correrían peligro si llegaba á heredar semejante infortunio...

La *mujer alta* se echó á reír y me señaló ignominiosamente con el abanico, cual si hubiese leído en mi pensamiento y denunciase al público mi cobardía...—Yo tuve que apoyarme en el brazo de un amigo para no caer al suelo, y entonces ella hizo un ademán compasivo ó desdeñoso, giró sobre los talones y penetró en el Campo Santo, con la cabeza vuelta hacia mí, abanicándose y saludándome á un propio tiempo, y contoneándose entre los muertos con no sé qué infernal coquetería, hasta que, por último, desapareció para siempre en aquel laberinto de patios y columnatas llenos de tumbas...

Y digo *para siempre*, porque han pasado quince años y no he vuelto á verla...—Si era criatura humana, ya debe de haber muerto, y si no lo era, tengo la seguridad de que me ha desdeñado...

Conque ¡vamos á cuentas! ¡Decídmela vuestra opinión acerca de tan curiosos hechos!—¿Los considerarais todavía *naturales*?

Ocioso fuera que yo, el autor del cuento ó sucedido que acabais de leer, estampase aquí las contestaciones que dieron á Gabriel sus compañeros y amigos, puesto que, al fin y á la postre, cada lector habrá de juzgar el caso según sus propias sensaciones y creencias...

Prefiero, por consiguiente, hacer punto final en este párrafo, no sin dirigir el más cariñoso y expresivo saludo á cinco de los seis expedicionarios que pasaron juntos aquel inolvidable día en las frondosas cumbres del Guadarrama.

Valdemoro 25 de agosto de 1881.

P. A. DE ALARCON

LA TIENDA DE JUGUETES

(Cuento estrambótico)

Á MI AHIJADO CARLITOS PACHECO Y CASTILLA

I

Muy pronto hará catorce años (lo recuerdo perfectamente) que se abrió en la calle de la Concepción Jerónima de Madrid una pequeña pero bonita y bien surtida tienda de juguetes, objeto durante algunos días de la codiciosa admiración de todos los chiquillos del barrio. Durante algunos días no más. La tienda se inauguró con la solemnidad de costumbre en tales casos el 5 de julio de 1868, y el 17 del propio mes era reducido á cenizas cuanto había dentro de ella, á causa de un incendio violentísimo que estuvo á punto de consumir el edificio entero.

La opinión general atribuyó la catástrofe á un descuido del dueño del establecimiento recién inaugurado. Era

este un alemán rubio y mofletudo, llamado Federico Sichel, gran fumador de pipa y no menor bebedor de cerveza, quien, según parece, se quedó la noche del 16 de julio durmiendo una de sus *monas* con la pipa entre los labios, dejó caer lumbre en un sitio donde de tal modo abundaban la madera y el barniz, y se vió á dos dedos de perecer hecho un toston.

La inverosímil heroicidad de un agente de orden público, que la revolución dejó después cesante, libró á Federico Sichel de una muerte segura; pero cuando nuestro alemán volvió en sí y se dió exacta cuenta de su ruina, su ánimo se afligió y acobardó de manera que el pobre hombre perdió la razón al cabo de muy pocos días.

Yo estoy tan bien enterado de todos los anteriores sucesos porque por aquel entonces paseaba la calle de la Concepción Jerónima á una linda muchacha cuya cara me hacía más gracia que la de mi profesor de Derecho Canónico, y en las largas horas que me dejaba inactivo aquella desahogada ocupación tuve tiempo de sobra para averiguar cuanto queda referido.

II

Visitando hace algunos meses el famoso hospital del Nuncio, ó sea la casa de locos de Toledo, volví á encontrarme con Federico Sichel, á quien me costó no poco trabajo reconocer; tal estaba el infeliz después de doce años de demencia, no siempre pacífica, según me dijo la hermana de la Caridad que me enseñaba el benéfico asilo.

Reducíase la manía de aquel sin ventura á referir su historia á todo bicho viviente, procurando sincerarse de los malos juicios formados sobre su conducta, juicios de que él tuvo noticia casi al propio tiempo que del incendio de la tienda.

A mí me pidió, apenas nos detuvimos delante de él, que le diese un cigarro y le prestase atención, y yo accedí á ambas peticiones no sólo por el prudente temor de irritarle, sino porque la bondadosa hermana Teresa me había asegurado ser muy interesantes y peregrinas las cosas que contaba el loco.

Nos sentamos en un banco de la alegre habitación desde cuyas rejas se domina el extenso panorama de los celeberrimos cigarrales, encendimos un par de brevas de á veinticinco céntimos y Federico Sichel habló en estos ó parecidos términos.

III

—«Yo, aquí donde Vd. me ve, nací con vocación y con grandes cualidades de artista. La pobreza de mi familia me privó de hacer ciertos estudios y de llegar á ser un nuevo Torwaldsen; pero al notar mi pasión por la escultura y mi facilidad para modelar muñecos de barro, un fabricante de juguetes que vivía en mi pueblo me llevó á su casa, me inició en todos los secretos de su profesión y pronto fuí el primero de sus oficiales. Puedo afirmarlo sin vanagloria: nadie ha sabido tan bien como yo pintar la inocencia y la alegría en el rostro de los *bebés*, dar á la fisonomía de las muñecas una expresión agradable y distinguida y poner en los labios de los polichinelas una sonrisa benévola y volteriana al propio tiempo.

Desdichas de mi principal, que sería largo y enojoso referir á Vd. ahora, me trajeron con él á España, donde varios compatriotas nuestros se habían enriquecido en el comercio de juguetes.

Mi principal se estableció en Barcelona; yo me vi dueño de algunos ahorros y me dirigí á Madrid, deseoso de tentar fortuna por mi propia cuenta. Allí me enamoré perdidamente de la que hoy es mi esposa, fuí ensanchando el círculo de mis negocios y poco tiempo después de casarme realicé lo que siempre había sido mi sueño dorado: abrir una tienda de juguetes á mi gusto.

¡Con qué esmero cuidé de los menores detalles! ¡Qué llamativa era la muestra! ¡Qué elegante y artística la anaquelaría! ¡Qué completo y qué nuevo el surtido de juguetes de todas clases, contruidos en su mayor parte por mis propias manos! No me cambiaba yo por nadie cuando asomado á la ventana de nuestra habitación, que daba al interior de la tienda, veía esta siempre llena de compradores y con infinitud de personas detenidas ante el escaparate... Voy á decir á Vd. una cosa que va á parecerle impropia de un hombre en su sano juicio: como casi todo aquello era obra mía, como me había costado tantas fatigas y preocupaciones, me consideraba yo creador en cierta manera de aquel mundo de muñecos, y algunas noches, acalorada la imaginación y soñando despierto, me parecía que de un momento á otro iban á cobrar vida, á animarse y á moverse. Algunos de mis *bebés* decían «papá» y «mamá» con una claridad sorprendente; pero mis deseos iban más lejos todavía... ¿Quién es capaz de encadenar el pensamiento?

A los dos días de abrirse la tienda se puso á la muerte una tía de mi mujer que habitaba en Lagartera, lugar de esta provincia de Toledo; mi mujer se fué á cuidar á su parienta y yo me quedé en Madrid acompañado del dependiente, el cual dormía fuera de casa.

En la vecina iglesia de las Carboneras pedía limosna desde la mañana hasta el anochecer un mendigo de muy mala facha, viejo, tullido, picado de viruelas, con unos ojos que relucían como carbunclos y que andaba arrastrándose como un reptil á favor de dos muletas, cuyo ruido seco y desigual todavía resuena en mis oídos y pone en conmoción todos los nervios de mi cuerpo.

Llevaba consigo el pordiosero un nietecillo de cinco ó seis años, hermoso como un sol y rubio como el oro, á quien parecía querer entrañablemente. Algunos días que la limosna daba para ello, le compraba en mi tienda, al

retirarse á casa, un Juan de las Viñas, una peonza, una caja de soldados de plomo ó cualquier otro juguete cuyo precio no excedía nunca de un par de reales. El muchacho todo lo aceptaba con indiferencia y aún con desabrimiento porque estaba antojado de cierto precioso caballo de tornillo que era uno de los mayores incentivos del escaparate... ¡Pero aquel caballo costaba catorce duros!— Los costaba y los valía, créame Vd. La piel era de un delicadísimo color de café con leche; los ojos azules y brillantes atraían las miradas á despecho de la voluntad, y las crines primorosamente trenzadas, la silla de terciopelo verde, el rendaje de cuero y los estribos de oro no había dinero con que pagarlos. Añada Vd. á esto que apenas se ponía un dedo en las manivelas, el caballo comenzaba á moverse como si no se pudiera contener... No lo tome Vd. á broma: en los contados días que lo tuve en mi tienda le vi más de una vez á punto de piafar, impaciente de libertad y esparcimiento.

Cuando el mendigo entraba á comprarme cualquier cosilla para su nietezuelo, solíamos echar los dos algún que otro párrafo. Mi carácter es naturalmente bondadoso y sencillo; por lo mismo que aquel hombre me era antipático, la consideración de su desgracia me impulsaba á mostrarme amable con él. Me hacía gracia la ingenua admiración que le producía mi habilidad para fabricar juguetes de todas clases, y la verdad es que, á pesar de ser hombre ignorante y rudo, no carecía de cierto instintivo buen juicio... El cariño que sentía por su nieto acabó de destruir todas mis prevenciones, y más de una vez le hice rebajas de consideración en las frioleras que compraba. Una noche llegó á tiempo de hallarme yo bebiendo un poco de cerveza, bebida que me encanta y que no pruebo hace un siglo, porque según me han asegurado (resérvelo Vd.) he bebido ya bastante en mi vida. Ofrecí al mendigo un vaso del precioso licor, que relucía como el topacio á través del cristal, y lo aceptó de buen grado, repitiendo las libaciones á medida que yo le animaba á hacerlas no sólo con mis palabras sino con mi ejemplo.

Trascurrió un breve rato y me sentí acometido de un ardiente deseo de expansión, de una invencible necesidad de revelar á alguien las más íntimas impresiones de mi espíritu como pocas veces exaltado y soñador.

El mendigo acariciaba con una mano el vaso de cerveza y con la otra la rubia y ensortijada cabellera de su nietezuelo, cuyos ojos no se apartaban un momento del caballo de tornillo que parecía embelesarle y fascinarle.

—En verdad, señor D. Federico, —me dijo el mendigo sonriendo, por primera vez desde que nos conocíamos, de una manera natural y franca,—que es Vd. el hombre más venturoso del mundo entero.

—¿Eso piensa Vd., amigo mío?—le repliqué sin poder contenerme.—Pues vea Vd. cuánto engañan las apariencias: hasta que logre realizar el deseo que hace mucho tiempo me atosiga, y en este instante como nunca, será todo lo contrario de lo que Vd. dice.

—¿Qué puede Vd. desear, teniendo lo que tiene?—me preguntó con un tono en que yo creí descubrir un sí es no es de malicia.

—Va Vd. á saberlo,—repose con fogosidad en mi inusitada.—Yo no puedo ser feliz hasta que esta colección de séres fabricados por mi mano y que llenan los estantes de mi tienda adquieran la única perfección que les falta: la vida, el alma de que no he sabido dotarlos hasta hoy, á pesar de esa habilidad tan decantada por Vd. y de que yo me río en este momento!

El mendigo me miró guiñando un ojo de una manera particular y que tengo presente, como cuanto sucedió en aquella noche inolvidable.

—¿Qué daría Vd. á quien realizara su antojo?—me preguntó con mucha sorna.

—Le daría cuanto me pidiera,—le respondí con dignidad y decisión.

—Déme Vd. el caballo de tornillo para mi nieto y esta noche al sonar la última campanada de las doce tendrá vida cuanto nos rodea.

Mi interlocutor al decir esto me miraba de un modo extraño y que á mi pesar me subyugaba y me aturdió. Tal vez fuera ilusión de mis sentidos, pero su talla había aumentado, su cuerpo antes tullido ostentaba no sé qué soberbia rigidez, y todo él aparecía á mis ojos como medio velado por una brillante y fantástica nube.

Hice un poderoso esfuerzo, sonreí y repliqué al extraño personaje:

—Si Vd. fuera capaz de realizar lo que dice, ni viviría pidiendo limosna ni ambicionaria para su nieto la posesión de ese caballo de tornillo....

No me dejó proseguir. Miróme de arriba abajo con supremo desden y dijo cogiendo de la mano al nietecillo y encaminándose hacia la puerta:

—¿Qué sabe Vd. de estas cosas, pobre hombre? ¿Conoce Vd. acaso mayor riqueza que la del pordiosero que vive sin trabajar, que carece casi en absoluto de necesidades y que á nadie envidia ni de nadie es envidiado? ¿No acepta Vd. el trato que le propongo? Pues muy buenas tardes. Para eso no hay precisión de faltar á nadie.

Un vértigo espantoso se apoderó de mí. Corrí, no sin algún trabajo, hacia la puerta y me coloqué entre ella y el mendigo.

—Déme Vd. una prueba cualquiera de su poder sobrenatural y pídamela cuanto se le antoje.

Detúvose el viejo al escuchar estas palabras mías, y, después de reflexionar un momento, me preguntó con seriedad:

—¿Cuántas lámparas hay en la tienda de Vd.?



UN JOVEN POETA; por Alberto Baur



LA BODEGA DE UN CONVENTO ALEMAN AL SONAR EL TOQUE DE LA ORACION

(CUADRO DE EDUARDO GRUTZNER)





DOLORIDA por C. Dieterle

—Una tan sólo,—respondí señalando la que pendía del centro del techo.

—Pues enciéndala Vd.—dijo el mendigo—y verá Vd. dos.

Obedecí temblando y ¡oh milagro indudable, patente! vi dos lámparas en efecto.

Una fe ciega penetró en mi espíritu disipando las vacilaciones anteriores.

—Llévense Vds. el caballo de tornillo (exclamé lleno de alegría): todo lo creo, todo lo juzgo posible después de lo que he visto.—Y caí en una silla abrumado por tantas y tan distintas emociones.

Envueltos en la misma vaporosa nube de que he hablado á Vd. antes, salían de la tienda el abuelo y el nieto. Este montado sobre el caballo de tornillo, que parecía tener alas en vez de ruedas según lo pronto que desapareció de mi vista.

IV.

—Si no me da Vd. otro cigarro, aquí se acabó la presente historia,—me dijo Federico Sichel abandonando al fin su temeraria idea de fumarse el último resto de la colilla.

Le alargué nuevamente la petaca y prosiguió:

—Despedí al dependiente, muchacho de unos catorce años y que se mostraba algo asustado de lo ocurrido, y á pesar de ser apenas las ocho de la noche cerré mi tienda. La impaciencia me consumía y no sabía cómo entretener las horas que faltaban hasta las doce. Me subí al cuartito interior desde cuya ventana se dominaba perfectamente la tienda entera. Dejé las lámparas encendidas, y fumando y bebiendo cerveza el tiempo comenzó á pasármese sin sentir. Yo era gran bebedor, debo confesarlo, pero—aunque sostengan otra cosa mis detractores—podía serlo impunemente. Aquel licor celestial no llegó jamás á perturbar mis sentidos: lejos de eso, me aclaraba la vista y hasta me vigorizaba la inteligencia de un modo increíble.

Oí dar las nueve, las diez y las once en el reloj de la iglesia vecina, y presa de un extraño sopor, con la cabeza ardiente y pesada, y sintiéndome como clavado en mi asiento, empecé á contar las campanadas de las doce.

Sonó la última y me vi bañado por una vivísima claridad. Esta claridad se fué corriendo por todo el espacio que alcanzaban á distinguir mis ojos y al llegar á los cristales de la anaquelera los iluminó primero con brillantez deslumbradora haciéndolos después crujiir y saltar en pedazos con áspero estrépito. Los objetos ordenadamente colocados en los estantes cayeron al suelo confundidos y revueltos; pero pronto comenzaron á moverse y á distribuirse de nuevo prestando á mi tienda el aspecto de un mundo en miniatura. Las casitas de madera se agrupaban y alineaban formando calles; los árboles de verdes y rizadas hojas formaban á su vez bosques y paseos; aquí atravesaba un ferrocarril de hoja de lata por un puente de carton; más allá vaporcitos y buques de vela navegaban por rios y mares de líquido cristal... Los muñecos de todas clases y tamaños parecían despertar de un sueño. Los arlequines, los dominguillos, los D. Juan de las Viñas se desperezaban bostezando; las muñecas miraban con interesada curiosidad á sus compañeras del bello sexo y se componían el traje con sus manitas de cabritilla; los bebés lloraban desconsoladamente y las amas pasiegas ó vizcainas acudían á acallarlos, empleando para ello los procedimientos usuales; los soldados de pasta y de plomo se colocaban de guardia en sus garitas ó emprendían al mando de sus jefes toda clase de ejercicios y evoluciones; los prados de musgo artificial se veían llenos de vacas y de ovejas, y más de un ratón de resorte escapaba á duras penas de un gatazo de china produciendo sus carceras no pocos chillidos y desmayos entre el sexo muñequil femenino... Todo era allí animación y vida, y yo no cabía en mí de gozo al ver realizado mi deseo.

La satisfacción completa me duró poco, sin embargo. Los ex-muñecos tenían sus necesidades y sus pasiones, y yo no podía menos de observar con cierta pena los resultados lógicos é inevitables de lo que estaba sucediendo. Los muñecos necesitaban comer para vivir y cada gallina de madera á que se retorcia el pescuezo, cada pato de porcelana que se convertía en *pastel de foie-gras* me costaba á mí una desazon horrible. Ni era esto sólo. La vida de los muñecos traía consigo la fatal precisión de su muerte. Un pierrot y un granadero de la guardia imperial se enamoraron perdidamente de cierta pastora de los Alpes. La muñeca, como casi todas las de mi tienda, era frágil y se decidió por los dos, coqueteando con ambos, ni más ni menos que una mujer de carne y hueso: hubo un desafío entre el militar y el paisano y el sable del granadero abrió un boquete en el vientre del pierrot, boquete por el cual se le fué al segundo hasta el último grano de salvado. Otra muñeca ambiciosa y amiga del lujo se perdió por una docena de lentejuelas con que se propuso seducirla, y lo consiguió, un pérfido velocipedista tirolés. Abandonada por su amante, la desdichada joven se tiró á la calle desde el tejado de su casa y se hizo añicos. Muñeco había que se jugaba los zapatitos á la ruleta; otros se echaban á robar á los caminos; otros se pasaban la vida en la taberna entregados al feo vicio de la bebida y dicho se está que ninguno acababa bien.

El rey de aquel nuevo país, que era un muñeco muy viejo y de muy buena pasta, no sabía qué hacer para meter en cintura á aquella genticilla. Cada vasallo suyo pensaba de una manera, y lo único en que casi todos estaban conformes era en el deseo de vivir sin trabajar, de divertirse á toda costa y de darse importancia sin reparar en

los medios ni en las consecuencias. Media docena de muñecos ambiciosos tenían al rey en jaque á cada paso, y apenas se pasaba día sin que los soldados de plomo y los de madera viniesen á las manos so pretexto de defender tales ó cuales principios, pero en realidad para halagar las pasioncillas de este ó del otro monigote. Lo que á mí me llamaba más la atención era la indiferencia que reinaba en una parte de la ciudad, mientras en los arrabales y en los campos todo era estrago y muerte y miseria más espantosa que la muerte misma. El zumbido del cañon, los ayes del moribundo, el estertor de la agonía de los que espiraban de hambre, no impedían jamás, ni amargaban siquiera, sino en contadísimos casos, la loca alegría de los seres felices. Yo que lo contemplaba todo desde cierta altura y todo lo abarcaba de una sola mirada, apreciando bien el menor contraste del extenso cuadro, pasaba fácilmente de la melancolía á la indignación en vista de tanta desdicha enorme y hasta cierto punto voluntaria.

La situación se hacia insostenible por momentos. Muñecos que se las echaban de hombres de importancia fueron poco á poco quitando á los habitantes de aquel país la fe que en otro tiempo bastaba, cuando no para otra cosa, para darles resignación en sus desventuras y algun horror á los vicios que al presente los dominaban por completo; en pos de aquellos vinieron otros á difundir entre los muñecos mayores y menores la idea agradable y fecunda de que todos eran completamente iguales, y despiertas las ambiciones más insensatas, rotos los únicos frenos seguros, sucedió... ¿qué quiere Vd. que sucediera, amigo mio? Se urdió una conspiración horrible, el rey fué derribado del trono, el ilustrado pueblo fué árbitro de sus destinos, y para celebrar dignamente el comienzo de su soberanía, pegó fuego á la ciudad por sus cuatro costados y todo quedó reducido á cenizas.

¿Comprende Vd. ahora la pérdida intencionada del diabólico mendigo y la extensión de mi desgracia? Yo deseaba que mis muñecos vivieran, pero el mendigo fué más allá de mis deseos: me los convirtió en hombres, y con los hombres, créame Vd., no puede hacerse nada bueno.

A mí me sacaron de la tienda medio abrasado; conté á todo el mundo lo sucedido, y no sólo se negaron á darme crédito, sino que hubo quien me juzgó rematadamente loco. Mi mujer, que había heredado á su tia, me metió en este santo hospital del Nuncio apenas me vió sin un cuarto; y aquí me tiene Vd. ocupando una plaza que muchos que andan sueltos por la villa y corte de Madrid podrían reclamar con mejor derecho.

Dicen que mi historia es inverosímil... ¡Como si lo que á mí me ha pasado no estuviera repitiéndose á cada momento! Pregúntele Vd. á Dios, que es persona fácil de encontrar puesto que está en todas partes, lo que le pasa todos los días con esa tienda de juguetes que se llama el mundo!»

V

Confieso que la última reflexion del pobre Federico Sichel me hizo alguna fuerza y me decidí á escribir y publicar el anterior tejido de disparates.

CÁRLOS COELLO

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

La noticia de haberse firmado y ratificado el tratado de límites entre las Repúblicas argentina y chilena, ha producido buena impresion en ambos países, como la ha producido en el nuestro; donde deseamos ver extirpadas todas las causas de rencillas y querellas en aquellos países á los que profesamos una fraternal simpatía.

Los límites acordados por los representantes de ambas repúblicas son: de Norte á Sur, hasta el grado 52 de latitud, la cordillera de los Andes; la línea fronteriza correrá en esa extension por las cumbres más elevadas de dichas cordilleras que dividan las aguas y pasará por entre las vertientes que se desprenden á uno y otro lado.

De la region que se extiende al Sur del paralelo 52, una parte queda para la República argentina, sin condiciones ni limitaciones de ninguna clase, y la otra para Chile. La República argentina prescinde de la parte que hoy tiene en el estrecho de Magallanes con las siguientes condiciones: será perpetuamente libre su navegacion para todas las banderas; será perfectamente neutralizado; Chile no podrá levantar fortificaciones en las costas del Estrecho ni obras de defensa que puedan contrariar este propósito.

La parte del Estrecho perteneciente á Chile queda sujeta á las mismas condiciones de libre navegacion y de perpetua neutralidad.

Los intereses generales del comercio universal quedan así garantizados, y el Estrecho entregado para siempre á las seguridades de la paz.

* *

LOS MANANTIALES DE CHIPRE.—Aunque llueve muy poco en la isla de Chipre (Asia), bien sea por efecto de un desmonte excesivo, ó ya por otras causas, en este país abunda mucho el agua, aunque subterránea: débese á una capa impermeable que retiene aquel fluido debajo de tierra á diversas profundidades.

Los rios de corriente constante son, sin embargo, muy raros allí; el mayor de todos los de la isla, si es que Chipre tiene verdaderos rios caudalosos, es el Pedias, que pasa por Nicosia ó Leukosia, capital: su lecho, en seco durante el verano, tiene allí una anchura de 110 metros.

En cuanto á los manantiales, los hay muy hermosos: los más grandes son los de Chytrea, célebre por sus aguas. Cuando desde la triste Nicosia, asentada en la Messaria, llanura desnuda y árida, se pasa al valle de Chytrea, creeriase uno transportado súbitamente á otro mundo, al centro de espléndidos jardines, donde las moreras, los albaricqueros y limoneros alternan con los naranjos y los grandes olivos.

Chytrea debe su origen á los atenienses. A la entrada del valle, que es muy profundo, se ven ya los manantiales, cuyo contenido recoge un acueducto muy bien construido; el agua que no penetra en él baja rápidamente al valle, y pone en movimiento treinta y dos molinos.

En otra época, este acueducto llegaba hasta Sálamis, recorriendo una distancia de cuarenta kilómetros, poco más ó menos.

En la antigüedad circulaban muchas fábulas sobre estos manantiales, que se consideraban como sagrados, y aún hoy predominan singulares ideas acerca de su origen.

El sitio de donde brota el agua es evidentemente la salida de un gran depósito subterráneo lleno por las lluvias que penetran en el terreno de una vasta extension de montañas; pero muchos habitantes suponen que las aguas llegan de Asia; que deben tener su nacimiento en las alturas de Caramania, desde donde, pasando como por un sifón á gran profundidad debajo del mar, acaban por presentarse en las rocas de Chytrea.

NOTICIAS VARIAS

LA FOTOGRAFÍA EN LOS TRIBUNALES.—La fotografía acaba de desempeñar un cometido importantísimo en un proceso que no ha dejado de llamar en alto grado la atención de los hombres científicos. Hé aquí un resumen de lo sucedido: un tal Ciltling de Nueva-York fué acusado de la falsificación de ciertos documentos en una reclamacion relativa á seguros contra incendios. No aparecía prueba alguna para que se le condenara en definitiva; pero uno de sus dependientes, á quien había despedido, tuvo la ocurrencia de hacer fotografiar una hoja de papel que encontró sobre el pupitre del acusado.

Esta hoja de grandes dimensiones estaba cubierta de ciertos caracteres, ó por mejor decir, de huellas dejadas por estos, á consecuencia de haberse escrito cálculos y notas por medio de un lápiz en otro papel colocado encima de ella. La hoja que quedó sobre el pupitre, era blanca por completo y apenas dejaba adivinar á la mirada los trazos; echábase tan sólo de ver aquí y acullá las huellas que estos habían impreso en la superficie. Las primeras tentativas ejecutadas por medio de la fotografía fueron infructuosas, pero hicieron abrigar la esperanza de poder descifrar parte de lo escrito, si lograba conseguirse fijar la luz y las sombras. Para alcanzar tal resultado, se reprodujo la hoja sobre una placa preparada con gelatina bromurada, empleando la luz eléctrica. ¡La revelacion fué sorprendente! Todas las fraudulentas ideas que abrigaba el acusado, se pusieron de manifiesto de un modo milagroso. Se vieron, no ya sólo los cálculos efectuados, sino tambien las observaciones consignadas junto á ellos, lo que demostró perfectísimamente los propósitos y los fraudes de Ciltling, que fué en definitiva condenado á cinco años de trabajos forzados.

* *

KRUPP DE ESSEN.—La fundicion de acero en Essen existe desde 1810. Desde 1826 ha sido dirigida por su actual dueño M. Alfred Krupp, y desde 1848 por su propia cuenta. El número de operarios asciende á 15,000 ocupados en los talleres y 5,000 en las minas, propiedad de la casa. En esta fundicion hay 1,648 fraguas, 77 martillos de vapor, pesando el mayor 50 toneladas, 18 trenes de rodillos y 1,063 instrumentos de maquinaria. Una de las máquinas de vapor de las 45 que hay en Essen es de 1,000 caballos de fuerza. Cuando se emplean todos los medios existentes, la fundicion puede producir en 24 horas 2,700 rieles, que formarían 11 millas de vía férrea, 350 llantas, 150 ejes de carro y locomotora, 180 ruedas de carro, 1,000 muelles de ferrocarril, 1,500 granadas, etc. En un mes pueden hacerse allí 304 cañones de campaña y cañones de grueso calibre. Las minas anexas á las fundiciones comprenden cuatro minas de carbon y 562 de hierro.

CRONICA CIENTIFICA

LA EXPOSICION DE LA ELECTRICIDAD EN PARIS

I

Los Campos Eliseos de Paris, de ese Paris centro de todos los placeres, sumidero de todos los vicios, templo de todas las grandezas, que nuestra moderna civilizacion engendra; los Campos Eliseos, repetimos, donde se dan *rendez-vous* todas las tentaciones, para asaltar al cándido provinciano, ó al curioso extranjero, bajo forma de un teatro, de un baile, de un restaurant, ó de una dudosa ninfa, á cada revuelta de sus pintorescas calles, en cada seno de sus pequeños y elegantes bosques, ó en el contorno de sus cien canastillos de flores; los Campos Eliseos, por cuya gran avenida central pasan hacia el célebre bosque de Boulogne los siete pecados capitales, desde la vanidad y la soberbia, que por extraño capricho van encaramadas en los pescantes de lujosísimos coches, hasta la pereza que se desliza rápidamente,

tendida en el fondo de cómodo carruaje, sobre más resortes montado, que tren directo al infierno; esos tradicionales, impuros y alegres *Campos Elíseos*, en fin, han merecido esta vez el perdón de muchos pecados, el olvido de muchas liviandades, y plenaria indulgencia para buen golpe de culpas futuras, aposentando en el Palacio de la Industria al genio de la invención y del trabajo.

Todo es luz en el espléndido edificio; luz que rebosa por sus cien ventanas y finge en las sombras un palacio encantado, superior á cuanto la imaginación pudo crear, en aquellos orientales cuentos de las mil y una noches, tan poblados de hadas y genios, enanos y gigantes, asombros y maravillas. Pero esa luz es fruto lento y penoso de centenares de siglos, de multitud de generaciones, de muchas luchas, de muchos dolores y de muchas lágrimas; porque es hija del trabajo humano, que con lágrimas, y con sangre, y con desesperación á veces, amasa sombras y tinieblas para que de ellas broten torrentes de claridad y de alegría á beneficio de las futuras generaciones.

Bien puede decirse, que la luz eléctrica de los Campos Elíseos es el resultado de apretar, si la palabra vale, el hombre pensador y el humilde obrero, durante siglos, en la bóveda de su cráneo, aquel, y este entre sus nerviosas manos, más negruras y más imposibles, que hay en el fondo de los mares y en los abismos del espacio. Y no son estas, en verdad, frases más ó menos poéticas, sino tangibles realidades; porque del negro carbon de piedra se saca todo un iris de vivísimos matices, y de su fuerza, torrentes de electricidad y surtidores inmensos de luz, que con los del sol rivalizan.

Pero vengamos ya al gran acontecimiento de estos últimos meses; acontecimiento cuyos mil pormenores han referido libros, revistas y folletos; cuyas maravillas más se sienten que se describen; y cuya fama vuela por uno y otro mundo en alas de esa otra electricidad de la idea, que lleva por nombre la *prensa periódica*.

Primero la impresión, después vendrá el estudio. Lleguemos, ya entrada la noche, y en compañía de nuestro benévolo lector, á la plaza de la Concordia: detrás quedan las ruinas de las Tullerías, en que está escrito un crimen gigantesco del pueblo de París; delante se alza el arco de la Estrella, en que están escritas muchas glorias de la Francia; entre las negruzcas ruinas y la mole triunfal, se levanta el Palacio de la Industria, monumento en honor del genio, del trabajo, y que más que á París, pertenece al mundo, aunque deba noble hospitalidad á la gran nación francesa.

Y allí, en la gran plaza, veremos bajo un pequeño tinglado el coche tranvía de Siemens tomando viajeros: cómodo y elegante carruaje, que luego rápidamente, sin caballos que tiren de él, ni locomotora, ni máquina visible; sin ruido, humo, ni calor, conducirá al palacio de la electricidad, — como aquellos extraños monstruos de los cuentos fantásticos conducían caballeros y princesas á encantados palacios, — á cuantos quieran probar la locomoción eléctrica, y buscar entrada digna y adecuada, en la nueva mansión de las maravillas etéreas; que á pié y por un torniquete giratorio es entrada prosaica, y mejor parece dejarse llevar por la fuerza impulsiva de ese sutilísimo fluido que se llama éter, que nadie ha visto, y que es el genio misterioso de todos estos modernos prodigios, para ir á visitarlos en su centro.

La primera impresión es la del asombro, la del estupor casi pudiéramos decir: tanta luz deslumbrada, tal multitud de objetos confunde, aturde el ruido de las máquinas, y se siente el observador envuelto por efluvios eléctricos. Para dominar el conjunto es necesario ir al fondo de la nave, subir la gran escalera interior, llegar á una de las galerías altas, y desde allí tender la vista sobre el extraño espectáculo que ofrecen las mil y mil invenciones esparcidas por su extensísima área.

Aquella atmósfera luminosa, que por todas partes se extiende, y que con plateados reflejos sube hasta la cristalina bóveda; aquellas infinitas luces eléctricas, que parecen estrellas y luceros desprendidos del alto cielo, y que después de caídos en nuestras bajas tierras, continúan ardiendo; aquellas múltiples instalaciones, con sus variadas y pintorescas formas, de castillos, plataformas, arcos, lagos, túneles, cerrados gabinetes, blasonadas mesas y acordados recintos; aquellas banderas suspendidas, con sus cien colores y sus cien escudos llenos de águilas, leopardos, grifos y toda clase de monstruos, y todo linaje de complicaciones heráldicas, unas frente á otras, como tantas y tantas veces estuvieron en los campos de batalla, pero no envueltas en humo, ni empapadas en sangre, ni por enemigos hierros desgarradas, sino alumbradas todas ellas por los brillantes reflejos de una sola luz, conjunto de todas las luces, como en la idea universal, y en el universal amor, se confunden todas las ideas, y todos los amores individuales; aquellos infinitos objetos, misteriosos pigmeos de la física, con sus palancas, sus ruedas, sus resortes, sus cuadrantes, sus cristales y sus cobres, cubriendo todas las mesas y todos los muros, y como imitando danza fantástica en sus inquietas vibraciones; aquellos monstruos de vapor ó de gas, de fuerza de 40, de 50, de 70 caballos, rechinando en toda la galería baja del palacio que corresponde al Sena, como si estuviesen así ordenados para bajar más fácilmente al caudaloso río á refrescar sus abrasadas fauces; aquellos centenares de máquinas magneto-eléctricas y dinamo-eléctricas girando con espantosa velocidad de mil y más vueltas por minuto en la atmósfera magnética de los imanes, y engendrando corrientes eléctricas, que luego, conductores, alambres y cables llevan en complicadísima red, por todo el Palacio de la Industria, como sistema nervioso de aquel colosal monstruo de pie-

dra, hierro y cristalería; aquellos gabinetes en que la electricidad obliga y precisa á las fuerzas vegetales á trabajar en la creación prodigiosa de las celdillas orgánicas; aquellas fugaces y chispeantes líneas en los flecos y cepillos metálicos de los colectores, espuma luminosa de un invisible río de éter; aquel faro en el centro, coloso de luz encadenado, al que, de igual suerte que á los monstruos del mar, cuando se les aprisiona, se les hace un pequeño estanque, para que en lo posible no echen de menos su elemento, se le ha hecho también su lago en miniatura todo alrededor, para que en él se mire, aunque el gigante lo desdeña, y por la bóveda cristalina del edificio pasea lentamente sus eclipses y sus destellos, ó buscando las mayores alturas, ó buscando salida para dilatar sus rayos por los horizontes del mar; y cuando todo parece agotado en la planta baja, aquella serie de salones, salas, gabinetes y teatros del primer piso, en que rivalizan todos los sistemas del alumbrado eléctrico; la galería de cuadros, iluminada por la lámpara Soleil; el teatro con sus decoraciones de M. M. Rubé y Chapron, y con lámparas del sistema Werdermann; el salón del presidente de la República luciendo el sistema Reynier; apetitosas cocinas con sus brillantes é inmaculadas espeteras, sus hornos y sus hornillas, y sus muros de porcelana, todo ello reluciendo con mecheros eléctricos de la célebre sociedad *Force et Lumière*; el elegante comedor con su chimenea del género Pailly, su espléndido mueblaje, y su mesa servida para imaginarios convidados, con lámparas Werdermann que mandan dulce y pura luz sobre riquísimo servicio, despertando apetitos imposibles en el curioso público, que se apiña tras el acordonado del recinto; y la sucesión no interrumpida de salones en que luchan con luminosos dardos todos los sistemas conocidos, de Jablöhkoff, Brush, Jamin, Jaspar, Meritens, Siemens, la Sociedad española de electricidad, y los inventores de las lámparas de incandescencia, Maxim, Swan, y Edison; y al querer cruzar de unas salas á otras, todavía aquella interminable y monstruosa serpiente humana de infinitos repliegues, llenando salones y galerías, con la cola perdida en la muchedumbre, mar inmenso de miles y miles de séres, la voraz cabeza contra las puertas de los gabinetes telefónicos, y el cuerpo contenido en sus palpitations y amenazas por inflexibles ligaduras, que en nombre de la buena policía mantienen numerosos *sergents de ville*, ó agentes de orden público, como diríamos por acá; y al fin de la exposición, otra exposición que comienza en las salas 24 y 25, á saber, la del célebre inventor americano T. A. Edison, con serie interminable de ingeniosísimos aparatos, telégrafos duplex y cuádruplex, teléfonos, fonógrafos, plumas eléctricas, contadores de toda clase, reguladores, fotómetros, motores, y sobre todo sus admirables lámparas de incandescencia y su sistema de distribución eléctrica; y cuando todo parece concluido, y los ojos deslumbrados, y más deslumbrada la imaginación, y los nervios hechos conductores de corrientes inducidas, se baja por la escalera principal, sin hacer caso de las colosales estatuas, ni de los bronceados de Christoffe, la primera rúbrica en materia galvanoplástica, porque ha cubierto ya de oro, plata, cobre, níquel y bronce hectáreas enteras; y al fin, cuando después de mucho buscarla, se encuentra la salida, y en los jardines de los Campos-Elíseos se penetra, y de su frescura, sus sombras, y su calma se goza; cuando parece, volvemos á repetir, que la exposición terminó, aquel intensísimo foco eléctrico, que en la cúspide del edificio brilla, y que tiende como espada vencedora de luz un rayo rectilíneo de algunos kilómetros sobre los míseros faroles de gas de los campos, que imitan, según huyen dispersos en todas direcciones, un verdadero ejército en derrota; todo esto, luces, instalaciones, banderolas, máquinas, aparatos, alambres, faros, salones, gabinetes, galerías, y la muchedumbre, y el ruido, y la influencia eléctrica, forman como una especie de visión apocalíptica de esta nueva religión del trabajo, visión que no se borrará nunca del cerebro en donde una vez penetró, y que siempre se presentará envuelta en una aureola de luz á la memoria, y como eterno foco de verdad y de armonía al pensamiento.

Hasta aquí la impresión que el palacio de los Campos Elíseos produce: pasemos ya al estudio reflexivo de sus invenciones y adelantos.

Pero entre la sensibilidad y el pensamiento está, por decirlo así, la memoria; y si el estudio de lo que fué es provechoso, aún en los anales de los pueblos, á pesar de tantos crímenes, tanta sangre, y tantas catástrofes como registran; tan provechosa por lo menos ha de ser la historia de esta ciencia de la electricidad, inmenso reguero de luz, que brota de entre sombras en los orígenes de la civilización, que es hilo sutilísimo durante siglos, que al acercarse al nuestro es ya río potente, y hoy mar profundo en que vienen á buscar alimento todas las ramas de la física.

En los tiempos de Grecia y Roma la electricidad era conocida únicamente por dos de sus manifestaciones, ó en todo caso, y aplicando el criterio de la ciencia moderna, por tres órdenes de fenómenos: el rayo allá en los cielos; el succino ó ámbar amarillo, *electron* de los griegos y *electrum* de los romanos, especie de resina fósil, que, después de frotada, adquiere la singularísima propiedad de atraer los cuerpos ligeros y móviles; y la piedra imán, nuevo caso de atracción, que presentaba ciertas semejanzas con el fenómeno precedente. Pero, prescindiendo de esta última, que hasta nuestros días ha sido cosa distinta de ambas electricidades, la estática y la dinámica, y atengámonos á las dos primeras clases de hechos. Y ¡qué hechos tan distintos al parecer! ¡qué abismos entre la terrible línea sinuosa del rayo, el fragor del trueno, la luz deslumbradora del relámpago que enciende los espacios,

y un cuerpecillo insignificante, bueno cuando más como juguete de niño, ó como adorno mujeril! Allá en el fondo del gineceo una belleza helénica, rodeada de jóvenes esclavas, se entretiene en frotar las cuentas de su múltiple collar, cuentas de ámbar amarillo que mercaderes fenicios le trajeron de las costas del Báltico. Y después, cogen entre todas alguna blanca paloma de las que vienen á beber en la fresca linfa de las fuentes de mármol que adornan sus jardines, y con los electrizados granillos atraen las recortaduras de las puntas del ala, del ave predilecta de Vénus.

Esto en la baja tierra y en los inocentes juegos de un *boudoir* clásico; y fuera, y lejos, y en lo alto, nubes tempestuosas que el aquilon arrastra, masas oscuras que entre sí chocan en los aires, como monstruos de las tinieblas empeñados en fantástica batalla, la chispa eléctrica que en rápida serie de gigantescos ángulos busca su equilibrio, y un estampido que las montañas con sus ásperas gargantas repiten una y otra vez, hasta que se debilitan y se pierden sus ecos.

¡Quién podía alcanzar, por aquellos tiempos, poder sintético suficiente para unir en un solo fenómeno, fenómenos al parecer tan opuestos! ¡quién podía adivinar, que las atracciones de aquel *electron*, el rayo de Jove, y la piedra de Lidia, eran una misma cosa, y que al cabo de algunos siglos, el ámbar y el rayo y la piedra imán formarían trípode misterioso, más sublime y más misterioso que el de todas las sibilas, trípode en que se sentarían los ciementos de un palacio todo luz, y fuerza y prodigios!

En un principio el espíritu religioso de los griegos explicó el origen del ámbar por los expedidos y pintorescos recursos de su poética mitología.

Es el caso, que el Sol tuvo un hijo, aquel travieso y mal aconsejado Faeton, que se hizo célebre por su descomunal caída, por su insigne torpeza, y por haber dado nombre á un género especialísimo de vehículos: que la moda utilizaba de cuando en cuando, y tuvo el padre del día otras tres hijas, las poéticas y sensibles *heliadas*, que al saber la desgracia de su buen hermano, pusieron á llorar, y con llanto tan inagotable, que cuatro meses enteros lágrima á lágrima gotearon todas las de sus ojos, hasta que, enternecido el corazón de los inmortales, pusieron término á su dolor, convirtiendo en olmos á las tiernas doncellas y en granos de ámbar á las lágrimas purísimas por tristezas fraternales vertidas.

Pero los filósofos han sido en todos los tiempos descontentadizos en materia de explicaciones maravillosas; siempre han estado, aún los más juiciosos é inofensivos, tocados de impiedad; y la explicación que precede, no satisfacía por lo visto el espíritu investigador de Thales, Demócrito, Platon, Plinio, Plutarco y algunos más; de suerte que unos y otros diéronse á buscar razones y teorías más al natural, aunque menos pintorescas, y según costumbre acumuláronse hipótesis sobre hipótesis sin ningún resultado positivo.

Hasta aquí los fenómenos eléctricos redúcense, según vemos, á uno solo: las atracciones del ámbar; y es preciso saltar por una larga serie de siglos, para venir á nuevos descubrimientos. Al fin del xv, Guillermo Gilbert célebre físico, publica en Londres su gran obra: «*De magnetibus corporibus*», y amplía el fenómeno del ámbar á un gran número de sustancias, dividiéndolas en dos series ó grupos, ó por mejor decir, en tres grupos distintos: uno que tiene por base ó rúbrica el vidrio, el cristal, y las piedras preciosas artificiales; otro que comprende el ámbar, las resinas, la goma laca, y el azufre, como tipos característicos; otro tercero como las perlas, el coral, las maderas, los metales, que no adquieren por el rozamiento ninguna propiedad eléctrica.

De aquí la división de la electricidad en *vítrea* y *resinosa*, y la división de todas las sustancias en *eléctricas* ó no *eléctricas*: divisiones hoy inútiles, ya gastadas, y en el fondo viciosas, pero de gran importancia por entonces, y que marcan el primer momento científico en los fenómenos de la electricidad.

Los hechos físicos empiezan por ser anónimos, como el caos: luego se particularizan y llevan nombre, el de algún sabio, el de algún genio, por lo menos el de algún paciente y profundo observador. Durante siglos, ya lo hemos visto, la electricidad es la atracción del ámbar amarillo, el resplandor del relámpago, la potencia del imán: Gilberto es el que con su clasificación y sus observaciones da á la ciencia de la electricidad un primer nombre ilustre: después viene Otto de Guericke, que inventa la primera máquina eléctrica: un globo de azufre, giratorio alrededor de un eje y frotado por la mano del experimentador ¡qué aparato tan sencillo! y sin embargo ¡qué germen tan fecundo!

Otto de Guericke fué el primer hombre que oyó el ruido, y vió la luz de la electricidad producida por el frotamiento: ruido tan débil, que en el mayor silencio, aplicando el oído, apenas se percibe: luz tan tenue, que en la oscuridad, y mirando muy de cerca, apenas se nota: fenómeno tan menudo, si así puede decirse, que casi confunde su realidad con la ilusión. Pequeño, mínimo, inapreciable como todo germen; como todo germen potente y misterioso; primer paso, si la imagen es permitida, de la nada al sér.

Y sin embargo, esa chispa eléctrica de Otto de Guericke, que casi no es, que ni se oye, ni se ve casi, es más, vale más, contiene más grandezas, que todas las nubes tempestuosas del espacio en las líneas crujiendo de sus eléctricos bordes. La electricidad atmosférica es aparatosa, pero es hoy lo que siempre fué; menos que en los primeros periodos geológicos: la centella de Jove no ha

progresado desde sus buenos tiempos; sus ímpetus han decaído; y como caballo que se domestica, bien puede decirse que dejó de ser el monstruo terrible que era, desde que Franklin puso bocado de hierro con las barras de sus para-rayos, á sus desordenados ímpetus.

En cambio, la chispa eléctrica de aquel globo de azufre de Otto de Guericke, que nadie más que el buen deseo de su creador podía ver y lograba oír, ha crecido, y es rayo en las grandes baterías, corriente en el telégrafo, buzo prodigioso en el cable trasatlántico, fuego en el cri-

sol de Siemens, voz humana en el teléfono de Bell, luz en el arco voltaico y en la línea de incandescencia de Edison, fuerza en la máquina de Gramme, acción química en la cubeta galvanoplástica, incansable vigilante en los fuegos y en las inundaciones, mano invisible que co-



EL DESCANSO, estatua en mármol por R. Belliazzi

se, teje y borda, fisiólogo prodigioso que penetra, profundidades adentro, en los misterios de la sensibilidad y de la vida; en suma sér prodigioso y benéfico, trabajador incansable, obrero de la civilización.

Véase á la electricidad que el hombre ha creado, esforzándose por la gran obra del progreso; y véase al rayo en las nubes, con todas sus grandezas y resplandores, convertido en eterno haragan de los espacios.

Goce hoy de su holganza, que quién sabe si algun día le harán trabajar, poco ó mucho, lo que pueda, las novísimas pilas secundarias, que con malicia llegan, y mucho han de dar de sí.

La obra del progreso humano, bajo el punto de vista material, puede condensarse en esta fórmula: hacer trabajar en provecho del hombre todas las potencias naturales que hoy se pierden estérilmente: la fuerza solar, las

mareas, las olas, toda clase de combustibles, los vientos, los imanes, las corrientes telúricas, la electricidad atmosférica, todo desnivel de temperaturas, todo desnivel eléctrico, como todo desnivel hidráulico: aprovechar en suma la energía en potencia de todos los elementos materiales. Sobre todo esto ya insistiremos en otros artículos.

JOSÉ ECHEGARAY.

OBJETOS ARTÍSTICOS.—Los que ofrecemos hoy, reproducidos por el grabado, á nuestros lectores, aunque de índole bien distinta, merecen figurar entre los notables que ha producido en nuestros días el arte decorativo.

Representa el primero un centro de mesa de estilo gótico francés, y llama desde luego la atención por su forma original y severa. Este soberbio centro, obra de los Sres. Hart hijo y Peard de Londres, está compuesto de más de dos mil piezas separadas, de metal, las más de ellas soldadas entre sí, doradas al galvanismo, y de una labor delicada y primorosa, enriquecida por incrustaciones de marfil y magníficos esmaltes.

En los notables motivos de ornamentación se admira un exquisito gusto, así en los cuadros oxidados con relieves, como en los diversos cuerpos que destacan en la base.

El jarrón que á su lado figura es asimismo muy notable.

Recuerda obras de parecida índole que figuran en las famosas colecciones de Roma y de Nápoles, y su decoración es en extremo graciosa y elegante: rodean su cuerpo una serie de



CENTRO DE MESA, obra de los Sres. Hart (hijo), y Peard de Londres



JARRÓN, debido al notable artista Alejandro Keller, de Roma

cupidillos que danzan y juguetean al són del rústico instrumento que en sus manos tiene uno de los amorcillos apoyados en las asas: el que se ostenta en el remate empuña la copa simbolizando la alegría báquica.

Débase esta obra al Sr. Alejandro Keller de Roma, y bien se echan de ver en ella los conocimientos de las obras antiguas que posee el autor. En este género, en el que no siempre acierta á emanciparse el artista de los modelos, Italia ha producido obras verdaderamente dignas de llamar la atención; y ya que no permita el desarrollo de poderosas facultades más propias para lucir en superiores dominios, da sin embargo á conocer que la fuerza de la inventiva, la poderosa y lozana imaginación artística de ese pueblo es inagotable.

El arte greco-romano que ha producido, animado por el aliento del Renacimiento, obras tan apropiadas á su índole fastuosa y elegante, puede decirse que brilla en toda su pureza en alguna de ellas; á cuya simple vista se evoca el recuerdo de dos civilizaciones, de dos estilos que amalgama el gusto moderno.